

## **El vacío elocuente: culturas del Chaco, guerra y literatura en Bolivia**

---

## **The eloquent void: Chaco cultures, war and literature in Bolivia**

---

## **O vazio eloquente: culturas do Chaco, guerra e literatura na Bolívia**

Laura Destéfanis\*

[marialauradestefanis@gmail.com](mailto:marialauradestefanis@gmail.com)

*Enviado para su publicación: 01/10/23*

*Aceptado para su publicación: 08/12/23*

### **Resumen**

El Gran Chaco sudamericano es un territorio en el que conviven diversos pueblos que aún resguardan aspectos del modo de vida ancestral, pese a la presión cada vez mayor que ejercen las empresas extractivistas en los cuatro Estados que tienen jurisdicción sobre la región: Argentina, Paraguay, Bolivia y Brasil. Este trabajo propone un recorrido por las narrativas de la Guerra del Chaco (1932-1935), hito trágico y decisivo para los pueblos originarios de la región, con el objetivo de analizar qué ocurrió con su representación literaria en Bolivia. Estas narrativas ponen en evidencia el vacío de representación de la voz, la experiencia

\* Doctora en Filología Hispánica (UGR), licenciada en Letras (UBA), investigadora postdoctoral (CONICET/UBA) y profesora de literatura argentina y latinoamericana en el Instituto Superior del Profesorado Dr. Joaquín V. González de la ciudad de Buenos Aires.

y la perspectiva de mundo de los habitantes originarios del Gran Chaco, cuestión que refuerza el imaginario de nación y pertenencia cultural prebélico.

En Gran Chaco las poblaciones originarias se solapan, se funden y se ocultan de manera dinámica como consecuencia de la violencia a la que está siendo sometida la región desde hace más de un siglo. La posición intersticial de los pueblos de la comarca en relación con los Estados de los que forman parte tiene su correlato en el campo de los estudios literarios: su representación es periférica y está mayormente desatendida tanto en el orden de las literaturas nacionales como latinoamericana. En este sentido, y debido a su historia y circunstancias, su estudio exige un reposicionamiento metodológico: sólo mediante el trabajo con un corpus que excede el marco hermético de la ficción literaria, ampliado hacia el testimonio antropológico, la entrevista etnográfica, la recolección de relatos o la producción audiovisual, es posible reconstruir una memoria de la guerra que modifica y enriquece el conocimiento sobre este territorio, sus culturas y su historia.

**Palabras clave:** Chaco; Bolivia; pueblos ancestrales; narrativa; guerra.

### **Abstract**

Despite increasing pressure from extractive companies in the four states with jurisdiction over the region (Argentina, Paraguay, Bolivia and Brazil), the South American Gran Chaco is a territory where various peoples still preserve aspects of the ancestral way of life. This paper proposes an inquiry through the narratives of the Chaco War (1932-1935), a tragic and decisive milestone for the indigenous peoples of the region, with the aim of analyzing what happened to its literary representation in Bolivia. These narratives highlight the void of representation of the voice, experience and worldview of the original inhabitants of the Gran Chaco, an issue that reinforces the pre-war imaginary of nation and cultural belonging.

In Gran Chaco, the original populations overlap, merge and hide in a dynamic way as a result of the violence to which these territories have been subjected for

more than a century. The interstitial position of this region in relation to the States of which it is part is also verifiable in the field of literary studies: its representation is peripheral and is mostly neglected both in the order of national and Latin American literatures. In this sense, and due to its history and circumstances, its study requires a methodological repositioning: only by working with a corpus that exceeds the hermetic framework of literary fiction, extended to anthropological testimony, ethnographic interviews, the collection of stories or audiovisual production, it is possible to reconstruct a memory of the war that modifies and enriches the knowledge about this territory, its cultures and its history.

**Key words:** Chaco; Bolivia; ancestral cultures; narrative; war.

## **Resumo**

O Gran Chaco sul-americano é um território onde convivem diversos povos que ainda protegem aspectos do modo de vida ancestral, apesar da crescente pressão exercida pelas empresas extrativas nos quatro estados que têm jurisdição sobre a região: Argentina, Paraguai, Bolívia e Brasil. Este artigo propõe um percurso pelas narrativas da Guerra do Chaco (1932-1935), marco trágico e decisivo para os povos indígenas da região, com o objetivo de analisar o que aconteceu com sua representação literária na Bolívia. Essas narrativas destacam o vazio de representação da voz, experiência e visão de mundo dos habitantes indígenas do Gran Chaco, uma questão que reforça o imaginário de nação e pertencimento cultural pré-guerra.

No Gran Chaco, as populações nativas sobrepõem-se, fundem-se e escondem-se de forma dinâmica como consequência da violência à qual a região está submetida há mais de um século. A posição intersticial dos povos da região em relação aos Estados dos quais fazem parte tem sua correlação no campo dos estudos literários: sua representação é periférica e largamente negligenciada tanto na ordem das literaturas nacionais quanto na latino-americana. Neste sentido, e devido à sua história e circunstâncias, o seu estudo exige um

reposicionamento metodológico: apenas através do trabalho com um corpus que ultrapasse o quadro hermético da ficção literária, ampliado para o testemunho antropológico, a entrevista etnográfica, a coletânea de histórias ou a produção audiovisual, é possível reconstruir uma memória da guerra que modifica e enriquece o conhecimento sobre este território, as suas culturas e a sua história.

**Palavras-chave:** Chaco; Bolívia; povos ancestrais; literatura; guerra.

El perfil social del Gran Chaco sudamericano presenta características particularmente complejas. Por una parte, se trata de un territorio en el que aún sobreviven poblaciones que preservan formas ancestrales del desarrollo de la vida, sus propias lenguas y culturas; por otra, el avance de las empresas extractivistas hacia tierras no amparadas por ley alguna de protección de esas comunidades obliga a la población a abandonar las aldeas y buscar un modo desconocido de subsistencia, ya sea en la periferia de los núcleos urbanos o bajo contrata vil en las instalaciones rurales de las mismas empresas que invaden sus tierras. En este contexto, se fueron desarrollando ciudades y localidades a medida que los Estados buscaban tomar el control de la región y regular la explotación empresarial.

Se tiene noticia escrita del Gran Chaco a partir del siglo XVI, mediante documentos de distinto género elaborados por exploradores, misioneros, militares y científicos que recorrieron y/o habitaron el territorio. Ya en el siglo XX y a propósito de la Guerra del Chaco, poemas, cuentos y novelas de la literatura boliviana despliegan e instalan un imaginario regional que se sostuvo por décadas. Hacia los años ochenta del siglo pasado, el trabajo de investigadores de distintos campos fue dando a conocer la rica oralitura de los pueblos chaquenses, esto es, sus "expresiones estéticas de la oralidad, [...] las cuales debieron transferirse a la escritura para luego realizar una nueva elaboración estética escrita" (Friedemann, 1999: 25), así como un valioso conjunto de testimonios, que sin embargo permanecen desligados del corpus literario boliviano en lengua española.

A diferencia de este sesgo que persiste en la conformación de un corpus literario chaqueño, en los estudios sobre literaturas de otras regiones del continente tempranamente colonizadas se observa que los corpus literarios integran sin reparo textualidades documentarias muy valiosas de diversos géneros no ficcionales, como los diarios, las cartas y las crónicas, ya sean en lenguas autóctonas o de conquista. Por este motivo, el objetivo específico de este trabajo sobre las narrativas de la Guerra del Chaco es integrar al corpus de la guerra aquellas textualidades que no fueron consideradas por los estudios literarios, con el propósito de presentar un panorama más rico en perspectivas que recogen la voz y la experiencia de los pueblos originarios de la región, históricamente acallados.

En primer lugar, se presentará la situación geográfica e histórica del Gran Chaco, y a continuación su perfil étnico y social en el presente. Luego se abordará la consideración que la región tenía entre la dirigencia boliviana y su lugar en el imaginario nacional boliviano hacia los años treinta, durante el período inmediatamente anterior a la guerra. Se avanzará hacia un análisis de las representaciones de la guerra en la literatura boliviana con atención a la representación de los pobladores originarios del Chaco en esas narrativas, y finalmente se dará lugar a las textualidades del corpus ampliado que postulamos necesario, ya que recoge la voz de las culturas chaqueñas en relación al conflicto bélico que modificó para siempre su vida en comunidad.

## **1. Situación del Chaco boliviano**

El Gran Chaco es la segunda región boscosa más extendida de América del Sur después de la Amazonía y su territorio está repartido en cuatro Estados: Argentina, Paraguay, Bolivia y Brasil. Representa el doce por ciento del territorio del Estado Plurinacional de Bolivia, con áreas que se distribuyen entre las regiones de Tarija, Chuquisaca y Santa Cruz.

La región conforma una llanura extensa con pendientes de oeste a este que presenta zonas con las máximas temperaturas absolutas del continente, y se

caracteriza por su rica biodiversidad en extrema fragilidad, situación análoga a la que padecen las naciones originarias y mestizadas que la habitan. Los pueblos ancestrales más antiguos en sus asentamientos fueron –y son aún, en el caso de algunos grupos que siguen habitando el monte– cazadores-recolectores; los grupos agricultores llegaron presumiblemente en el siglo XVI desde las costas del Atlántico. Las grandes deforestaciones dejaron al Chaco boliviano vulnerable ante las prolongadas sequías, las considerables oscilaciones de temperatura y los surazos (precipitaciones con temperaturas frías), producto del proceso de desertización al que fue siendo sometida la región a instancias de intereses particulares y la desprotección o llana connivencia de los distintos gobiernos nacionales y locales. No obstante, aún existen zonas de alta biodiversidad: Ioso y Kaa Iya, ambas habitadas por el pueblo guaraní, Santa Teresita, habitada por el pueblo ayoreo, y Otuquis, hoy habitada por chiquitanos (Díez Astete, 2018).

La primera noticia de una incursión europea en el Chaco es de 1521, año en que el español Alejo García, quien había llegado a América como miembro de la tripulación del expedicionario Juan de Solís, partió desde las costas de Brasil, pasó el río Paraguay e ingresó al Chaco con unos pocos españoles y un vasto grupo de guaraníes. Durante el siglo XVI se sucedieron las expediciones de Juan de Ayolas, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca y Domingo de Irala. Los documentos consignan que el pueblo guaraní se llamó a sí mismo *Iyambae*, “sin dueño”, ya que jamás se había sometido al dominio inca ni europeo. No obstante, el pueblo chiriguano, heredero de los grupos guaraníes itatines y temido por sus habilidades guerreras, modificó sus hábitos al entrar en contacto con otras culturas agricultoras del pedemonte andino; desde 1574, a partir del virreinato de Toledo, fue perseguido pero consiguió sobreponerse a los ataques. En 1594, el gobernador de Santa Cruz, Lorenzo Suárez de Figueroa, nombró “Capitán General” (*Mburubixa guasu*) del pueblo chiriguano a uno de sus caciques, consiguiendo que protegiera el ingreso de religiosos a sus territorios (Finot, 1978). A su vez, en 1587 los jesuitas habían iniciado sus primeros contactos desde Santa Cruz con el objetivo de impedir el asedio español a las comunidades, pese a lo cual no consiguieron la conversión guaraní al cristianismo (Pifarré,

1989). A comienzos del siglo XVII se registra el pedido de catequización de un grupo chiriguano, aunque se estima que el interés último radicaba en la obtención de objetos manufacturados, especialmente metálicos.

A mediados del siglo XVIII se produce un giro de envergadura en la presencia y organización territorial de parte de las congregaciones en el Chaco boliviano con la fundación del Colegio de Propaganda Fide de Tarija en 1755, que dio lugar al desarrollo de veintidós misiones en la región. No obstante, a partir de 1810 se registra la adhesión del pueblo chiriguano a la causa insurgente que dio lugar a la guerra de la Independencia, en la que participaron con batallones propios. Este pueblo dio su apoyo al ejército de Manuel Belgrano y a la guerrilla librada por Juana Azurduy.

Sin embargo, una vez consolidada la república comenzaron las tensiones con las fuerzas del nuevo Estado. Los dos enfrentamientos más importantes tuvieron lugar en 1875 y 1892; este último, iniciado con el levantamiento de Apiaguaiqui-Tumpa, concluyó con la derrota de Kuruyuki, en el chaco chuquisaqueño, que desató el genocidio chiriguano: tres mil personas pertenecientes al pueblo chiriguano fueron masacradas y las sobrevivientes se dispersaron para poner a salvo sus vidas (Combès, 2005). Sus territorios fueron ocupados por hacendados ganaderos y maiceros que consolidaron el empobrecimiento generalizado de la nación chiriguana, a la que empatronaron y esclavizaron. A comienzos del siglo XX la contracción del mundo indígena en el Chaco boliviano recrudecía a medida que la sociedad criolla y las colonias extranjeras se expandían por sus territorios.

Poco más adelante, la Guerra del Chaco (1932-1935) profundizó este asedio y disgregación de los pueblos ancestrales de la región. Entre los grupos guaraníes, algunos migraron a Argentina y otros se mantuvieron neutrales para pasar finalmente a Paraguay; los grupos isoceños fueron los que más colaboraron con el ejército boliviano, pese a lo cual algunos oficiales aprovecharon la ocasión para apropiarse de tierras de las comunidades. Por su parte las poblaciones weenhayek, cuyos territorios se vieron completamente invadidos durante el conflicto bélico, no se incorporaron al ejército pero oficiaron como guías y chalaneras (canoeras) en el cruce del río Pilcomayo. También los grupos tapiete

y qom vieron la totalidad de sus territorios afectados e iniciaron un éxodo hacia Argentina; la retirada de las poblaciones qom del territorio boliviano, iniciada a causa de la guerra, sería definitiva hacia 1970.

## **2. Situación actual de los pueblos del Chaco boliviano**

A pesar de sus devastadoras consecuencias –o, en todo caso, a causa de ellas–, la guerra propició la toma de conciencia respecto de la necesidad de reestructurar la organización de la nación guaraní tras la figura emblemática de Bonifacio Barrientos Iyambae. En la actualidad, la creación de la Autonomía Indígena Guaraní Charagua Iyambae en noviembre de 2016 sentó un precedente fundamental en la lucha por el reconocimiento de los derechos de los pueblos originarios a la administración y gobierno de sus territorios, con representación en el Estado Plurinacional de Bolivia mediante la designación de las Tierras Comunitarias de Origen (TCO). Lamentablemente este reconocimiento no consiguió desterrar el régimen de empatronamiento explotador del trabajo indígena, así como tampoco las carencias de servicios y el incumplimiento de derechos como el acceso a la salud.

En cuanto a su distribución geográfica, en la etnoregión boliviana Chaco norte habitan en la actualidad las poblaciones guaraní ava hacia el oeste, el pueblo guaraní del Isoso hacia el este, un grupo de ayoréode de aislamiento voluntario hacia el sur, el pueblo weenhayek sobre la margen derecha del río Pilcomayo y el pueblo tapiete sobre la margen izquierda. Los graves problemas para la supervivencia en las zonas fluviales provienen de la contaminación del río Pilcomayo en el departamento de Potosí, donde está su nacimiento, del avance de la frontera agraria y de las captaciones y desvíos de los cursos de agua para el riego de las grandes extensiones agrícolas en manos de empresas privadas. Otro de los peligros que acechan la vida en el Chaco boliviano son las quemadas estacionales que dan lugar a incendios forestales, reforzados por las sequías prolongadas como consecuencia del calentamiento global.

El único pueblo ancestral que habita la etnoregión Chaco central es el guaraní, con algunas comunidades seriamente amenazadas por la explotación petrolera. Algunas familias ava guaraní sin tierra viven en situación de extrema pobreza sometidas a una relación colonial con los terratenientes, que las mantienen cautivas al interior de las haciendas: trabajan en condiciones de servidumbre semiesclavista, prácticamente de forma gratuita; no conocen el dinero y sólo reciben por su trabajo una alimentación por debajo del mínimo calórico necesario para una subsistencia digna. Están empatronadas bajo un sistema de endeudamiento perpetuo de padres a hijos y les está prohibido cazar, pescar o recolectar. Los grupos ava guaraní simba, en cambio, consiguieron vivir de manera autónoma y autosuficiente (Díez Astete, 2018: 689-690).

En la etnoregión Chaco sur viven numerosas comunidades guaraní, así como weenhayek y tapiete sobre ambos márgenes del río Pilcomayo. Esta fracción del Chaco boliviano es la que sufrió en mayor medida los impactos de la Guerra del Chaco y la migración de comunidades hacia Argentina. En la actualidad, padecen la contaminación minera del río Pilcomayo y el impacto de las represas construidas en las franjas paraguayas y argentinas del río, que impiden el desove de los peces aguas arriba, así como la construcción de la ruta 28 en Formosa (Argentina), que corta en dos el bañado La Estrella, principal estero de cría de sábalo, una de las tres especies presentes en el Pilcomayo junto con el surubí y el dorado, entre otros factores de impacto –pesca en tiempo de veda, extracción de peces de menor tamaño con dinamita–, todo lo cual dio como resultado un descenso crítico de la presencia de la fauna ictícola del 95% registrado a partir de 2011, con el consiguiente riesgo alimentario para las comunidades weenhayek y tapiete. Pese a las alertas, esta situación no encontró soluciones y no ha podido revertirse. De este modo, el tradicional habitus estacionario de la cultura weenhayek se vio alterado, especialmente en relación con la temporada de pesca, *inawop*, que tenía lugar desde fines de julio hasta septiembre.

Por último, las comunidades weenhayek del Chaco sur transitan un proceso de fuerte aculturación: mientras que la catequización franciscana no horadó la religión tradicional, animista y muy ritualizada, la que vienen desarrollando los

misioneros pentecostales es sistemática y produjo transformaciones en la identidad étnica. En las escuelas de la zona se desarrolla la educación intercultural bilingüe. El exiguo grupo tapiete que aún vive en Bolivia está reunido en la estancia Samayhuate: se trata de poco más de un centenar de personas, aunque hay otros grupos en torno a esa triple frontera con Argentina y Paraguay. La cultura tapiete se destaca por su experticia en el conocimiento y tratamiento de las distintas fuentes de agua en esa zona de sequía crítica; ya en tiempos de la Guerra del Chaco su colaboración estuvo ligada a esa sabiduría baqueana. Al igual que otros grupos originarios, se ven forzados a trabajar en el régimen de peonazgo en las haciendas de la región.

### **3. El imaginario nacional boliviano hacia los años treinta**

Tal como fue anticipado, la Guerra del Chaco dio lugar a la expropiación de tierras y recursos a las comunidades originarias del Chaco por parte de los Estados contendientes; tras la guerra, tanto Bolivia como Paraguay fueron concediendo grandes extensiones de monte virgen a distintos proyectos de índole privada, ya fuera nacional o extranjera. Una de las causas que dieron lugar a la Guerra del Chaco (Molina, 2022) fue el impedimento del Estado argentino a dar salida al petróleo boliviano por los puertos del río Paraná, cuestión que puso el foco de atención del gobierno de Bolivia en el río Paraguay. Hasta entonces, la burguesía boliviana no había presentado intereses fuertes en la región, a diferencia de la explotación taninera de capitales argentino-paraguayos. En cualquier caso, la guerra fue también y sobre todo “una campaña de ocupación militar del espacio indígena chaqueño” (Capdevila en Gómez Silgueira, 2011). Una vez firmado el armisticio, la ocupación estatal persistió con la consecuente disgregación de los pueblos preexistentes.

Durante la configuración decimonónica nacional, el Chaco y sus culturas no habían ocupado un lugar claro en el imaginario boliviano (Anderson, 1993); sólo a partir de la derrota en la Guerra del Pacífico, con la consecuente pérdida de acceso marítimo, las vías fluviales hacia la vertiente atlántica reclamaron el

interés del gobierno en las llanuras sudorientales. Al respecto se había pronunciado en distintos momentos el Ministro de Asuntos Exteriores Daniel Sánchez Bustamante:

En cuanto a la situación de enclaustramiento de Bolivia, Sánchez Bustamante pensaba que el país no sólo tenía el problema del Pacífico sino también el del Atlántico. A su juicio, las ciudades más prósperas de la América del Sur, en el futuro, tendrían que encontrarse en las hoyas del Amazonas y del Plata. Por eso creía que el occidente boliviano no podía esperar un desarrollo permanente y que ninguna población boliviana podría competir con las que en el porvenir aparecerían a orillas del río Paraguay en el sureste y entre los ríos Beni y Mamoré en el norte. Y le asombraba la indiferencia de los políticos frente a la necesidad de establecer comunicaciones con el oriente boliviano. Por encima de todo, Sánchez Bustamante proclamaba la necesidad de que Bolivia se conociera a sí misma, para profundizar en su propia realidad y para aproximarse así a lo americano y a lo universal. Fue realmente un orientador (Francovich, 1956: 32-33).

El presidente Daniel Salamanca vio en la defensa de la región una posibilidad de cohesionar intereses dispersos y convocar a la unión en torno a la gran empresa nacional de retenerla, por lo cual hizo un llamamiento a “pisar fuerte en el Chaco”; sin embargo, la guerra remarcó los evidentes conflictos y contradicciones preexistentes. A esto se sumaba la ajenidad que el Chaco producía respecto del área nuclear de la nación, distante de lo que hubiera implicado una defensa territorial de fuertes lazos históricos, culturales o lingüísticos con los epicentros. La región era vista aún como un reducto de “la barbarie, viviendo en grupos errantes dedicados a la caza y a la pesca” (Francovich, 1956: 114), a diferencia de las poblaciones andinas, consideradas valiosas desde un punto de vista institucional, así como cultural y lingüístico.

El grado de desatención hacia el Chaco era tal que hasta 1931 la laguna Chuquisaca –Pitiantuta para el ejército paraguayo–, única gran fuente de agua permanente en una franja muy árida del Chaco central, era desconocida por ambos Estados, ya que esa zona era considerada “tierra de nadie”. La intelectualidad coincide en que la guerra operó como un aglutinante: para Augusto Céspedes (2002) incubó la conciencia política que se desataría hacia el medio siglo; Carlos Montenegro (2016: 240) considera que el enfrentamiento con

Paraguay por el Chaco dio lugar a la recuperación del "sentido nacional" en Bolivia; René Zavaleta Mercado encuentra el germen de la formación de una "conciencia nacional" (2013: 262) en este conflicto: "Antes no eras patria; lo eres ahora por los muertos, eres la patria de esos muertos" (Zavaleta Mercado en Céspedes, 2000: 11). Ya Augusto Céspedes en el poema "Terciana muda", que abre su conjunto de relatos *Sangre de mestizos* publicado apenas concluida la guerra, en 1936, había dejado sembrada esta misma consideración: "Ahora eres patria, Chaco, / de los muertos sumidos en tu vientre" (2000: 15). En la polisemia del verso la región puede ser leída como una escisión del cuerpo de la nación, sólo reunida por los cuerpos que le ofrendó trágicamente la guerra.

El Chaco quedaría desde entonces simbolizado bajo los tópicos del horror que fue desplegando la literatura de la guerra, sólo excepcionalmente superados, como veremos, por quienes supieron habitarlo. Entre foráneos, en cambio, prima el fantasma de que no hay forma viva de habitar el Chaco, sitio infernal que sólo puede albergar cadáveres. Esta idea desconoce a los pueblos preexistentes que por entonces aún lo habitaban desde hacía siglos, a la vez que refuerza el imaginario del desierto, construcción tópica en cada guerra de conquista y exterminio en el Cono Sur.

Por otra parte, la guerra tuvo detractores en todos los países de la región. El historiador Juan Luis Hernández (2020), desde una perspectiva de trabajo en torno a los materiales que dan cuenta de la oposición tanto boliviana como paraguaya a la Guerra del Chaco, también reconoce a este episodio como constituyente de una nueva identidad nacional en Bolivia, a pesar de la crítica a los gobiernos de corte oligárquico y su sumisión a los mandatos de los países imperialistas ante quienes respondían. Esa toma de conciencia operaría a largo plazo en la conformación de una nueva "ideología nacional" impulsada en primer lugar por los gobiernos militares y más adelante por el MNR y la intelectualidad afín. En el análisis de las posiciones y discursividades que desde 1928 se fueron gestando en torno a las tensiones por la disputa territorial, su investigación consigue demostrar que "la guerra generó una fuerte oposición social y política en amplias capas de las clases subalternas, a la que se sumó la impugnación y el

rechazo de un variado arco intelectual nacional y regional” (Hernández, 2020: 32).

#### **4. El Chaco en las narrativas bolivianas de la guerra**

El conflicto bélico dio lugar a una prolífica e inmediata narrativa, que constituye el foco de representación literaria de la región en la historia de la literatura boliviana. Si bien las primeras noticias del Chaco fueron recogidas durante el siglo XVI en textos de corte etnográfico escritos por exploradores y misioneros, a los que se sumarían más tarde apuntes científicos e informes militares, estos materiales quedaron por fuera de los recortes genéricos y temporales en la conformación de una literatura nacional. No obstante, cabe reconocer que en un territorio donde la ancestralidad pre-colonial es también el reservorio de una riqueza cultural nunca debidamente valorada sino hasta hace pocas décadas, su estudio requiere una mirada ya no nacional sino comarcana. Esta perspectiva transfronteriza, hacia la que encamino mi trabajo, favorece el reconocimiento del Gran Chaco en su historicidad y desarrollo, así como de la compleja trama de relaciones culturales entre cada área y jurisdicción. Pero antes de llegar a ese punto me detendré en el enfoque nacional para subrayar el contraste con las narrativas que colocan en el centro la experiencia chaqueña de la guerra.

Si consideramos entonces el corpus canónico de la literatura boliviana, el Chaco concentra su representación en torno al ciclo literario de la guerra (Siles Salinas, 2014). El conjunto de obras narrativas que narran este hecho histórico tuvo ya durante la guerra y en los primeros años de posguerra una serie amplia de publicaciones, entre las que se cuentan *Horizontes incendiados* (1933) de Gustavo Adolfo Otero, *El martirio de un civilizado* (1935) de Eduardo Anze Matienzo, *Aluvión de fuego* (1935) de Oscar Cerruto, *Sangre de mestizos. Relatos de la Guerra del Chaco* (1936) de Augusto Céspedes, *Prisionero de guerra* (1936) de Augusto Guzmán, *Chaco* (1936) de Luis Toro Ramallo, *La Laguna H3* (1938) de Adolfo Costa du Rels, *Repete. Diario de un hombre que fue a la guerra del Chaco* (1938) de Jesús Lara o *La punta de los cuatro degollados* (1946) de

Roberto Leitón. Muchos de estos escritores tienen en común haber sido partícipes en el frente de guerra y, por diversos motivos, haber publicado fuera de Bolivia, principalmente en Chile y Argentina, estas narraciones en clave realista abocadas a dar cuenta de sus vivencias durante el conflicto.

Un denominador común que destaca en todas ellas es el vacío de representación y la ausencia del punto de vista, discurso o experiencia de los pueblos ancestrales del Chaco. En cada mención al "indio", la referencia que se devela tras ese imaginario es el altiplano; sólo en algún caso emerge la figura del chaquense pero sin cobrar ningún protagonismo, siquiera en las escasas líneas en que es representado. Quizás esto explique en parte por qué los dos grandes tópicos del ciclo literario de la guerra son: por un lado, el "desierto" o "infierno verde", esto es, el paisaje o ámbito natural que es teatro de operaciones, verdadero enemigo al que hay que vencer para sobrevivir; y por otro, su correlato: la sed. Esto subraya la sensación de extrañamiento del ejército boliviano en Chaco, así como la ausencia de figuras propias de la región en la toma de decisiones, o siquiera en roles de mediana importancia. Hay que aclarar, no obstante, que a pesar de que la historiografía de la guerra también invisibiliza la participación forzada de los pueblos chaquenses en el conflicto, algunos oficiales bolivianos supieron sacar buen provecho de su baquía.

El ciclo narrativo de la Guerra del Chaco tiene en su centro el conjunto de relatos *Sangre de mestizos* (1936), de Augusto Céspedes. En "El pozo", quizás el cuento más recordado de este ciclo, el autor recrea uno de los géneros por excelencia de la narrativa bélica occidental: el diario de guerra, que signará también el paraguayo Augusto Roa Bastos en "Destinados", capítulo de su novela *Hijo de hombre* (1960). Ese cuento de Céspedes da inicio a *Seis cuentos bolivianos y seis cuentos paraguayos de la guerra del Chaco*, una de las antologías que reúne la narrativa de ambos países acerca de la guerra. En el prólogo que escribe Helio Vera para la primera edición, el autor reconoce como constante que:

Estamos nuevamente ante un hecho llamativo en los cuentos que hemos leído: cuando el personaje es un indio, éste carece de nombre. No tiene identidad. O si la tiene, ésta es muy vaga, indecisa, borrosa. Tampoco hay

genealogías, ni referencias a lugares, a vecinos o familiares. Es sólo un rostro anónimo entre miles. [...] Apenas se nos ofrece una vaga referencia a *su remoto origen andino* (Vera en AA. VV., 2015: 40; subrayado mío).

Como vemos, ese "indio" no alude a los pobladores del Chaco. Lo mismo ocurre en *La Laguna H3*, de Adolfo Costa du Rels: "– ¿Crees tú que alguna vez saldremos de aquí? [...] El hombre, un indio, se detuvo y respiró prolongadamente. –Tal vez, sí... tal vez, no..., murmuró en *su dialecto aymara*" (2009: 62; subrayado mío). En *Prisionero de guerra*, de Augusto Guzmán, se hace en cambio hace alguna mención a un pueblo del Chaco pero es muy superficial.

Descansamos a la sombra de los árboles, rodeados por varios soldados paraguayos que nos cuentan delicias de la vida de los prisioneros en Asunción, y examinándonos las caras nos clasifican: –Este es español, este moreno es lindo, tipo paraguayo. *Este otro es indio guaycurú* y todos son bolis (Guzmán, 2000: 104; subrayado mío).

En *Repete. Diario de un hombre que fue a la guerra del Chaco*, de Jesús Lara, se supera la mención para avanzar ya hacia una representación.

No hay en el suelo sediento ni una brizna de hierba, ni hay un tono verde por ningún lado. Todo es gris. Diríase que esto es un osario olvidado de la naturaleza. Por una senda que raya el tuscal se insinúa una pareja de *matacos*. El hombre, con blusa de soldado y con la cabellera hirsuta al viento, cubierto de polvo como los árboles, marcha por delante con paso rápido. La mujer le sigue, vestida con un *tipoe* de tocuyo que le llega a los pies, y sucia como los árboles y como el viento. Cruzan por la senda, silenciosos, mudos como dos sombras, como dos espectros aprisionados por el bosque, sin mirar a ningún lado, y desaparecen en el laberinto de tuscas y algarrobos (Lara, s.f.: 85; subrayados originales).

La pareja de weenhayek ("matacos") reúne en su representación una serie de recursos que restringe su humanidad: sustraída su palabra, son un espejo de ese paisaje mortificante, más próximos a una aparición fantasmática que a dos personas con quienes intentar algún tipo de acercamiento.

Por su similitud con la escena, este encuentro entre el pelotón y la pareja parece haber sido recreado por Diego Mondaca en su película *Chaco* (2020), aunque con un sentido bien distinto al que le otorga Jesús Lara en *Repete*. Uno

de los hallazgos del largometraje radica en el uso y recorte lingüístico que propone para el guion: por ejemplo, utiliza el español, el quechua y el aymara como lenguas de intercambio al interior de las tropas bolivianas pero en el encuentro con la pareja weenhayek no hay entendimiento posible, ya que entre los soldados y los habitantes de la región no existe una lengua franca. A su vez, el subtítulo refuerza este propósito: el diálogo que mantienen entre sí el hombre y la mujer weenhayek no se traduce al español, a diferencia de lo que ocurre con las lenguas andinas. Así, estos habitantes de la región, cuyo hogar se vio transformado en un teatro de operaciones, quedan sesgados tras la frontera lingüística, que sobrepasa la consideración que existía de “nación boliviana” en la época de la guerra. Su relato se sitúa por fuera de todo intercambio posible, es ajeno, se desconoce. De modo fiel al efecto de ausencia que evidencian las narrativas literarias de la guerra, Mondaca muestra en esta escena, mediante la elisión de la palabra del pueblo weenhayek de toda posibilidad de ser escuchada –tanto en aquel presente de la escena como en el presente de audiovisión del público–, las barreras existentes ante esa discursividad (para quienes no pertenezcan, claro, a esa cultura).

En relación con el sesgo cultural y el vacío de representación que venimos considerando, hay una notable marca diferencial en *Los tejedores de la noche* (1996), de Jesús Urzagasti, con respecto al ciclo de la guerra. La novela de este escritor chaqueño -chapaco, nacido en el Chaco boliviano- consigue suturar de diversos modos los espacios y temporalidades que conforman Bolivia<sup>1</sup>.

La narración regresa a la guerra del Chaco desde su presente de escritura en los años noventa mediante el encargo que le realiza un director de cine al narrador principal, escritor chaqueño afincado en La Paz, un claro *alter ego* del autor. Desde allí, el relato retorna al Chaco en sueños, en recuerdos y en la proyección de espacios y circunstancias que se imaginan como escenas en el guion que se construye. Haciendo honor a su poema “Alabanza nº 2 al Gran Chaco”, uno de cuyos versos más célebres es “Tu historia no es tan triste cuando

<sup>1</sup> Para un análisis en detalle de esta novela, consultar Daona, María José (2018). La memoria incesante: *Los tejedores de la noche* de Jesús Urzagasti. *Revell*, 1, 18, 7-2018, 56-80.

la relato yo”, Urzagasti busca liberar a la región donde nació y creció de la omnipresente sobrecarga de la memoria bélica, bajo la cual se aglutina la literatura que nutrió ese imaginario durante los últimos noventa años.

En la novela, la guerra entra en elipsis a pesar de estar en el centro de la narración. En la casa del Buen Retiro, un espacio abierto, fresco y placentero que el narrador proyecta para una escena del guion de esa película sobre la guerra que le encargaron, se dan cita fantasmática héroes de uno y otro bando (Adolfo Rojas Silva, Froilán Tejerina, Pompilio Guerrero) entremezclados con otros hombres y mujeres anónimos: allí se conversa, se bebe, se descansa, se goza. El imaginario desértico e infernal se desdibuja; en el transcurso de la escritura, el sueño o el recuerdo, el narrador anhela esa tierra a la que siempre está regresando.

Uno de los contrapuntos que suturan el espacio nacional se da, en el plano espacio-cultural, entre los tejedores andinos y los caminantes chaqueños; el otro, que condensa y desplaza temporalidades y herencias mestizadas, entre sedentarios y caminantes. En la figura de los caminantes ingresa al relato la presencia del Chaco ancestral:

La casa protege de las inclemencias del tiempo y es la guarida del hombre sedentario, lo cual no impide comprobar que el nómada se sirve de la choza o de la mansión para olvidarse momentáneamente de sus andanzas. Pero a la hora de las definiciones, ambos asumen sus auténticas tendencias y no mudan de parecer aunque los amenacen con el diluvio o el fuego eterno (Urzagasti, 2021b: 75).

Tanto en el desarrollo de la trama como en las ricas disquisiciones de corte ensayístico que plantea el narrador, Urzagasti se desmarca de los lineamientos que priorizaron el abordaje literario y social de la guerra para dejar abierta la pregunta por los móviles de la posesión de tierras, la fijación de fronteras y la pulsión apropiacionista.

En las narrativas del siglo XXI la guerra también sigue estando presente de un modo distorsionado, ya sea mediante el recuerdo, un relato diferido o el delirio, como es el caso de *Hablar con los perros* (2011), de Wilmer Urrelo Zárate

(González Almada, 2021), o *Reconstrucción* (2018), de Rodrigo Urquiola Flores. Pero a diferencia de *Los tejedores de la noche*, el Chaco regresa nuevamente bajo la fórmula "tan triste" que señaló Urzagasti en sus versos y reconfiguró largamente en su prosa.

## **5. La voz de las culturas chaquenses en las narrativas de la guerra**

A la solitaria voz de Jesús Urzagasti se unen, no obstante, las muchas que el recorte de un corpus netamente literario no incorpora. En este sentido, hay una doble problemática que converge sobre la representación del Chaco. Por una parte, el ya señalado recorte genérico que en principio dejaría fuera textos no ficcionales como el testimonio, la crónica, las memorias, el ensayo o los diarios. No obstante, si consideramos el estudio de las literaturas agrupadas bajo las categorías de "literatura latinoamericana", "hispanoamericana" o "iberoamericana" (en distintas partes del continente y fuera de él recibe diversos nombres, aunque reúna un mismo corpus textual) observamos que sí quedan incorporados textos emblemáticos como los *Diarios* de Cristóbal Colón o las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, que suelen inaugurar esos corpus en el corte diacrónico. Refiero esta problemática porque, al aproximarnos a las "literaturas del Chaco", resulta fundamental reconsiderar la constitución de corpus para poder incorporar otras textualidades que enriquecen la perspectiva de trabajo, tal como se procede al estudiar las zonas de América tempranamente colonizadas.

Por otra parte, una cuestión más compleja aún se suma a esa primera problemática: la necesaria consideración de las textualidades producidas por cada una de las culturas que habitaron la región, en sus propias lenguas y cortes genéricos. En este caso, nos vamos a encontrar con recorridos previos de distinto alcance: mucho más abundantes van a ser los materiales a disposición, las tipologías y categorizaciones en torno a culturas como la guaraní que, por ejemplo, en torno a las culturas ayoreo o weenhayek. Mucho más complejo aún es sopesar el recorrido que estas producciones tuvieron en los estudios y la crítica

literaria latinoamericanista; en efecto, este fue uno de los núcleos de preocupación en hitos de la reunión de la crítica literaria continental en el marco del Proyecto de Investigación de Historia de la Literatura Latinoamericana, como los que tuvieron lugar en la Universidad Simón Bolívar de Caracas (Venezuela) en 1982 y en la Universidad de Campinas (Brasil) en 1983. En esta última, de la que participaron Antônio Cândido, Rafael Gutiérrez Girardot, Jacques Leenhardt, José Luis Martínez, Domingo Miliani, Carlos Pacheco, Ana Pizarro, Ángel Rama, Beatriz Sarlo y Roberto Schwarz, emergieron preocupaciones clave para pensar el Chaco y sus literaturas.

La literatura es, sabemos, patrimonio universal, y la experiencia estética no conoce fronteras, pero las obras surgen de una determinada cultura y se insertan en el tejido de la sociedad que las ve emerger. Este es el sentido de nuestra preocupación. Para situarlas y llegar a su comprensión cabal necesitamos observar el sistema donde se insertan y el imaginario social que plasman. Porque “si la crítica no construye obras, sí construye una literatura” —es la enseñanza que dejó Ángel Rama— y la labor de la crítica historiográfica en América Latina para la literatura es generar conocimientos sobre los modos de funcionamiento y el desarrollo de nuestros sistemas literarios como proceso (Pizarro, 1985: 18).

Desde luego, no es dada a interpretar de manera literal la pretensión de “comprensión cabal” sino el afán por realizar una aproximación a estas producciones del modo más cuidadoso posible. Sin embargo, el enfoque seguía, en aquellos momentos, apegado a metodologías ligadas a la tradición occidental, “ilustrada”: si bien la idea de *sistema*, *imaginario social* o *modos de funcionamiento* puede pensarse para las culturas chaquenses, habrá que considerar sus especificidades y el acceso a herramientas que no son protagónicas en la labor crítica sobre la literatura tradicional, burguesa, letrada, escrituraria.

Por entonces, se sumaba a estas consideraciones el rico aporte de críticos que venían trabajando con literaturas complejas en su raigambre cultural aunque de largo contacto y proceso de colonización, como es el caso del Perú estudiado por Antonio Cornejo Polar. En cualquier caso es interesante observar cómo, pese a

las complejidades propias de la dimensión latinoamericanista, la crítica no cejaba en su intento por integrar la producción cultural en distintas lenguas y sistemas.

Se trata de un proceso plural por cuanto responden en un mismo período a temporalidades diversas, a una historia de sectores distintos de la sociedad, así como a diferentes medios de plasmación, ya sea en oralidad o escritura. Se trata de un discurso global formado por tres sistemas: un sistema erudito, en español, portugués u otra lengua metropolitana, un sistema popular en la expresión americana de las lenguas metropolitanas, o en créole en el caso del Caribe, y de un sistema literario en lengua nativa, según la región (Pizarro, 1985: 19).

En esta misma dirección, Pizarro propone una tipificación de las “literaturas indígenas” en función de las diversas problemáticas que presenta cada caso, dejando constancia de las limitaciones de la crítica en aquellas instancias. Así, distingue por un lado las literaturas precolombinas y por otro las “actuales”, a las que reconoce como orales y/o del folclore popular, en ocasiones transculturadas. En relación con las literaturas “indígenas” contemporáneas, Beatriz Sarlo apuntaba que no se trata propiamente de

[...] lo literario, es más bien lo simbólico discursivo, que puede tener función religiosa, función mitológica, puede tener función propiamente de voz. La literatura es más bien lo que una sociedad acepta como tal. Es necesario describir el funcionamiento diferenciado de estas textualidades en cada una de las formaciones sociales (Sarlo en Pizarro, 1985: 24)

Estos vacíos que constituyeron problemas para la crítica literaria fueron atendidos, bien que con diversas perspectivas, por otras disciplinas que permiten ampliar el arco de trabajo de la crítica literaria y considerar esas otras textualidades: el testimonio y la entrevista etnográfica, por ejemplo, ofrecen un material insoslayable a la hora de repensar la Guerra del Chaco.

Ya en el siglo XXI dos importantes trabajos del campo de la etnohistoria subrayan el tardío ingreso de la palabra de los pueblos ancestrales del Chaco a las memorias de la guerra, *Mala guerra. Los indígenas en la guerra del Chaco (1932-1935)* y *Los hombres transparentes. Indígenas y militares en la guerra del Chaco (1932-1935)*. En el prólogo a *Mala guerra*, Luc Capdevila, Isabelle Combès

y Nicolás Richard señalan la “capacidad retórica” de la producción historiográfica “para hacer desaparecer de la memoria a conjuntos enteros de población” (Richard, 2008: 18); las escrituras de la historia muchas veces perpetúan este ocultamiento sin ser conscientes siquiera. A su vez, señalan que los pueblos indígenas no sólo carecen de archivo propio sino que están borrados de todo archivo ajeno, ya sea militar, de la Cruz Roja o cualquier otra institución que hubiera incursionado en la zona. Su registro forma siempre parte de un paisaje; lejos de articularlos con los acontecimientos bélicos, los homologa a los animales y las plantas. Así como se proyecta el territorio como “desierto” o “infierno verde”, de igual modo se construye un imaginario de “tribus primitivas” o “salvajes” (Richard, 2008: 18) al referirse a sus habitantes.

Hasta los años ochenta, la guerra es una elipsis en las aproximaciones del campo de la etnografía a las culturas del Gran Chaco; es así como se torna un “punto ciego de ese corpus” y acaba por configurar un “silencio fundador” (Richard, 2008: 34), que refuerza una consideración ahistórica de los pueblos ancestrales precisamente en una etapa en la que estas sociedades se vieron forzadas a una recomposición. Los registros de su presencia sólo atinan a conformar escenas aisladas, como irrupción en un relato mayor cuya perspectiva es siempre occidentalizante: el encuentro con un grupo de pobladores autóctonos, la participación de un personaje que se destaca como colaborador, el reconocimiento del idioma en común entre chiriguano y paraguayos (Richard, 2008: 40). El propósito de los trabajos reunidos en *Mala guerra. Los indígenas en la guerra del Chaco (1932-1935)* es, entonces, reponer testimonios -siempre que ha sido posible- y experiencias de los distintos pueblos chaqueños (angaité, enlhet, chané, chiriguano, ishir, ayoreo, guaicurú, los pueblos del Pilcomayo, los isoceño-guaraníes) durante el conflicto. La hipótesis que dejan planteada en relación con esta invisibilización apunta a “la imposibilidad de nombrar y de identificar los actores no-nacionales en el marco de un dispositivo que piensa y hace la guerra en nombre de la nación” (Richard, 2008: 51). En *Los hombres transparentes* (2010), del que participan los tres investigadores que prologan

*Mala guerra*, la constitución de ese archivo es un objetivo explícito (Capdevila, Combès, Richard y Barbosa, 2010: 7).

El estudio de las literaturas de Gran Chaco nos coloca, por lo tanto, frente a una disyuntiva: ¿por qué, si admitimos el ingreso de textos no ficcionales al ámbito de la crítica literaria –el *non-fiction* propiamente dicho, el periodismo narrativo, la crónica o el mismo testimonio integran desde hace tiempo corpus literarios, como es el caso en muchas tesis doctorales de Letras o programas académicos de literatura–, habríamos de excluir estas mismas textualidades cuando se trata de aportes en lenguas ancestrales de la región? Claro que el trabajo con esta materia exige consideraciones que habiliten, tal como sugiere Ana Pizarro, una lectura cuidadosa, atenta a sus especificidades.

Aportes como los recogidos por Jürgen Riester y Barbara Schuchard en las áreas del Chaco que permanecieron bajo jurisdicción boliviana, o el que recogieron Miguel Chase-Sardi, Hannes Kalisch y Ernesto Unruh en las áreas bajo jurisdicción paraguaya, por mencionar sólo unos pocos, ofrecen una perspectiva fundamental respecto de lo ocurrido en la región entre 1932 y 1935. El propósito que se trazó el antropólogo Jürgen Riester al producir *Iyambae – Ser libre. La Guerra del Chaco: 1932-1935* fue realizar una memoria colectiva del pueblo guaraní-isoño sobre la Guerra del Chaco, nacida al calor de las conversaciones con Agustín Chiraye y Natalio Barrientos, miembros e “historiadores natos” (Riester, 2021: 447) de ese pueblo, quienes entienden que el presente de comienzos del siglo XXI echó raíces profundas en tiempos de la guerra: las muertes, las migraciones forzosas, las violaciones a los derechos humanos, la pérdida de soberanía de sus territorios, el despojo, el genocidio y el etnocidio modificaron para siempre a este pueblo. Riester realizó junto a Elisabeth de Pablo (2005) una serie de entrevistas filmadas a miembros de la comunidad que aún conservaban recuerdos de la guerra.

El denominador común en estos testimonios es la percepción de un desmembramiento, ya que buena parte del colectivo permaneció en Paraguay al concluir la guerra, así como la impresión del terror que les causaba la llegada de los soldados bolivianos y paraguayos a sus poblaciones, también diezmadas por

las enfermedades foráneas. A su vez, sus habitantes se vieron forzados a participar en el conflicto (Bolivia llegó a utilizar su aviación para ametrallar desde el aire a los grupos indígenas que se oponían al reclutamiento) aunque sin uniforme: los grupos isoceños fueron utilizados por el ejército como peones para hacer caminos, espiar al enemigo, abrir sendas o localizar las fuentes de agua. Precisamente entre los relatos destacan aquellos que se asombran por el flagelo de la sed que es, como ya fue mencionado, uno de los tópicos del ciclo de la guerra:

–Que morían de sed, eso me impresionó mucho, hijo, hartó me ha impresionado; daba pena, y no saben nada que ahí, nada lejos, quedaba para salir hacia el camino de Santa Fe, y el Veintisiete ya quedaba acá de ellos, si supieran eso, allá nomás, tranquilos iban a salir y los enemigos ya quedaban al otro lado (Natalio Barrientos en Riester, 2021: 549).

Sólo el escritor chaqueño Jesús Urzagasti, tal como fue señalado, consigue dar representación a esta perspectiva en un registro literario. El Otro, personaje de su novela *En el país del silencio* (1987) que encarna al habitante originario del monte chaqueño, alude de manera sutil en sus reflexiones a esta circunstancia de la guerra: “Sólo los extraños han muerto de sed a la orilla de la aguada” (2021a: 74).

Tres décadas más tarde, Natalio Barrientos coincide en su testimonio con las reflexiones de El Otro, ficcionado por Urzagasti. Natalio era apenas un muchacho cuando su padre, Casiano Barrientos *Iyambae*, fue ajusticiado por el ejército boliviano al regresar al Isoso en 1936, acusado de traición a la patria, luego de haber permanecido como prisionero de guerra en Paraguay (Combès, 2005). Casiano había tomado bajo su responsabilidad los esfuerzos por salvar la vida de su pueblo, para lo que el idioma compartido con el Paraguay fue una herramienta importante (el pueblo isoceño habla también guaraní, con las diferencias propias de la diversidad dialectal); este parentesco lingüístico fue blanco de sospechas, y es prueba del complejo mapa identitario del Chaco que entra en contradicción con el imaginario de nación de los años treinta. En el siguiente testimonio de Justo Mandiri también se lee cómo la trampa que significó el abrupto cambio a

un orden jurídico estatal impuesto por la guerra, tan distinto del que cada pueblo del Chaco se había otorgado en su organización social, los dejó al borde del etnocidio.

Me llamo Justo Mandiri, soy del Isoso. Nací en una humilde aldea de Aguaraiqua, en tiempos de las algarrobas, en la época de los fuertes vientos y el sol quemante, cuando las polvaredas no dejan contemplar el horizonte. Allá desde niño escuché de la gente que contaba del gran cataclismo que hubo. Y decían que los paraguayos hablaban casi la misma lengua que hablamos nosotros. También decían que no sabían los motivos que originaban aquella guerra. Nuestra gente de aquellas épocas no tenía los límites de sus territorios, y por esa razón no sabían lo que es una frontera. Pero cuando entraron los blancos, ellos ya limitaron su territorio hasta donde les pertenece, y de ahí surgió lo que ellos llaman "frontera". Nuestros ancestros tampoco conocían lo que es la bandera, y todo fue por las costumbres de la gente blanca que en esa época eran desconocidas por nuestra gente. El conflicto se originó por lo que los blancos llaman "frontera", ya que cada uno de los gobernantes de ambos países quería ampliar su territorio. Mucha gente murió: hombres, mujeres, niños y ancianos. Hay más gente que moría de sed, de enfermedad y con armas de fuego. Todo fue una especie de un gran cataclismo que afectaba a todos. Y aquella gran tragedia hace que en cada pueblo se pierdan muchas cosas, y como consecuencia deja a los pueblos sumidos en la pobreza (Riester y de Pablo, 2005: 6'-8'20").

Tanto en la inscripción de su biografía como en la memoria de esa guerra según el relato de su pueblo se escucha no sólo la clara consciencia respecto de un orden jurídico alternativo sino también otra temporalidad, imposible de abstraer o medir por fuera de la experiencia vital ligada al territorio que se habita como un todo vivo, en convivencia. En ese mismo documental el Reverendo Miguel Fritz recuerda el pedido de misioneros que realiza el presidente Saavedra en 1924 a la Propaganda Fide en Roma. Los primeros oblatos llegaron en 1925 a la zona del Pilcomayo: "Hoy sabemos que era una forma de asegurarse esa tierra porque era tierra, digamos, de nadie desde el punto de vista de los no indígenas" (Riester y de Pablo, 2005: 4'27"-5'58"). En estas palabras se abroquela la proyección de vacíos: jurisdiccionales, legales, poblacionales. En tanto "tierra de nadie", desierta, justificaba una avanzada de orden colonialista. En esos mismos años el gobierno de Paraguay había pedido misioneros a la Propaganda Fide, cuestión

que dejó en evidencia el territorio en disputa al cotejar los mapas que manejaron los oblatos por una parte y los salesianos por la otra.

En su *Pequeño Decamerón Nivaclé: literatura oral de una etnia del Chaco paraguayo* (1981), el antropólogo paraguayo Miguel Chase-Sardi recoge otros testimonios chaquenses sobre la guerra. Allí, el informante Tanuuj hace referencia a la llegada de los padres oblatos:

La Guerra también nos perjudicó mucho. Parcialidades casi enteras tuvieron que abandonar sus tierras. Nosotros tuvimos suerte, mucha suerte, porque los Ele, Padres Oblatos, nos protegieron y pudimos quedarnos en nuestra aldea. Los bolivianos mataron a muchos de los nuestros. Muchos fueron los muertos. Después los paraguayos. [...] Y después de la guerra, vinieron los estancieros, los patrones, y cada uno de ellos dijo que era dueño de la tierra que siempre fue de nuestros ascendientes. Entonces, quedamos ya atados para siempre aquí. No podemos ya movernos. Si el patrón no quiere, no se puede entrar a cazar en la que dice que es su tierra. Y si alguno se anima a entrar, corre el peligro de recibir un balazo (Miguel Chase-Sardi, 1983: 22-23).

Su testimonio pone de manifiesto una misma metodología de expropiación de tierras y recursos, prohibiciones con amenaza de muerte y empatronamiento de clausura como la que aún se observa en el Chaco boliviano.

Otro aporte fundamental, también relacionado al actual Chaco paraguayo, es *iNo llores! La historia enlhet de la guerra del Chaco* (2018), en la que Hannes Kalisch y Ernesto Unruh registran, traducen y analizan diversos testimonios de sobrevivientes y familiares, así como la memoria comunitaria de aquel tiempo de terror. Los relatos aquí recogidos, estremecedores, dan lugar a una reflexión posterior en torno a la colonización de la historia de este pueblo mediante la usurpación de su narrativa por parte de dos ámbitos que los fueron cercando: el Estado paraguayo y las colonias menonitas. Los relatos enlhet

[...] molestan, porque desafían el pacto de la reconciliación. [...] Sacar de la clandestinidad los relatos que hacen al tramo original de la memoria y hacerlos circular nuevamente significa un acto de valor. Es sumamente importante que haya personas que tengan el valor de desafiar el presente con sus relatos, [...] recuperar el pasado silenciado y plantearse otro futuro

posible [...]. Por eso, hablar del pasado es un acto político (Kalisch y Unruh, 2018: 234-235).

La notable ausencia de representación de las culturas chaqueñas en el ciclo de la guerra condice con el imaginario identitario de Bolivia, en el que siempre predominaron el Ande, los valles y en menor medida Oriente y el Amazonas. El “impenetrable” Chaco, por su situación periférica a los centros de poder y por la dimensión que ocupa en el mapa nacional, quedó relegado en Bolivia, y con ello las culturas ancestrales que lo habitaron; la situación es similar en Paraguay – pese a que el Chaco ocupa un porcentaje mayor de su territorio–, cuyos epicentros están volcados hacia el oriente.

Sin embargo, una aproximación a la guerra y sus narrativas exige recuperar los frágiles restos de la memoria chaqueña y resituar el vínculo de sus comunidades originarias con el país que hoy las contiene, con la comarca que supieron conformar, su pasado y sus territorios. De otro modo, convertida en olvido, la masacre no habilita un trabajo de duelo que permita reconstruir la pertenencia cultural y comunitaria. Una puesta en común de la experiencia de la guerra, ya no como objeto de trabajo desplegado en el papel académico sino *in praesentia* de representantes de los pueblos que consiguieron sobrevivir al asedio del Chaco, es un trabajo de reparación aún pendiente.

### **Referencias bibliográficas**

AA. VV. (2015) [2000]. *Seis cuentos bolivianos y seis cuentos paraguayos de la Guerra del Chaco*. Asunción: Servilibro.

Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Anze Matienzo, Eduardo (1935). *El martirio de un civilizado*. Buenos Aires: Tor.

Capdevila, Luc, Isabelle Combès, Nicolás Richard y Pablo Barbosa (2010). *Los hombres transparentes. Indígenas y militares en la guerra del Chaco (1932-1935)*. Cochabamba: Itinerarios/CERHIO.

Cerruto, Óscar (2006) [1935]. *Aluvión de fuego*. La Paz: Plural.

Céspedes, Augusto (2000) [1936]. *Sangre de mestizos. Relatos de la Guerra del Chaco*. La Paz: Librería Editorial "Juventud".

Céspedes, Augusto (2002) [1956]. *El dictador suicida*. La Paz: Librería Editorial "Juventud".

Chase-Sardi, Miguel (1983) [1981]. Pequeño Decamerón Nivaclé: literatura oral de una etnia del Chaco paraguayo. *Suplemento Antropológico*, XVIII, (2). 15-252.

Combès, Isabelle (2005). Enrique Iyambae y Casiano Barrientos. En Isabelle

Combès. *Etno-historias del Isoso: Chané y chiriguano en el Chaco boliviano (siglos XVI a XX)*. La Paz: Institut français d'études andines. Recuperado de: <https://doi.org/10.4000/books.ifea.4769>

Combès, Isabelle (2010). Crónica de una muerte anunciada: Juan Casiano Barrientos Iyambae (1892-1936). En Luc Capdevila, Isabelle Combès, Nicolás Richard y Pablo Barbosa. *Los hombres transparentes. Indígenas y militares en la guerra del Chaco (1932-1935)* (177-209). Cochabamba: Itinerarios/CERHIO.

Costa du Rels, Adolfo (2009) [1938]. *La Laguna H3*. La Paz: Editorial "Los amigos del libro".

Daona, María José (2018). La memoria incesante: *Los tejedores de la noche* de Jesús Urzagasti. *Revell*, 1, (18). 56-80.

Díez Astete, Álvaro (2018). *Compendio de etnias indígenas y ecorregiones de Bolivia: Amazonía, Oriente y Chaco*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.

Finot, Enrique (1978). *Historia de la Conquista del Oriente Boliviano*. La Paz: Librería Editorial "Juventud".

Francovich, Guillermo (1956). *El pensamiento boliviano en el siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica.

Friedemann, Nina (1999). De la tradición oral a la etnoliteratura. *Oralidad*, 10. 19-27.

Gómez Silgueira, Pedro (2011) Los indígenas: los olvidados de la Guerra del Chaco. *ABC*, 12 de junio de 2011. Recuperado de: <https://www.abc.com.py/articulos/los-indigenas-los-olvidados----de-la-guerra-del-chaco-269866.html>

González Almada, Magdalena (2021). "La vida es un combate interminable". Nuevas configuraciones de lo nacional en la narrativa boliviana contemporánea. *Diálogos*, 25, (1). 100-121. Recuperado de: <https://doi.org/10.4025/dialogos.v25i1.58164>

Guzmán, Augusto (2000) [1936]. *Prisionero de guerra*. La Paz: Librería Editorial "Juventud".

Hernández, Juan Luis (2020). *La oposición a la Guerra del Chaco (1928-1935)*. Buenos Aires: Newen Mapu.

Kalisch, Hannes y Ernesto Unruh (eds.) (2018). *iNo llores! La historia enlhet de la guerra del Chaco*. Hannes Kalisch (trad.). Asunción & Ya'alve-Saanga: Centro de Artes Visuales/Museo del Barro, Nengvaanemkeskama Nempayvaam Enlhet & ServiLibro.

Lara, Jesús (s.f.) [1938]. *Repete. Diario de un hombre que fue a la guerra del Chaco*. La Paz: Librería Editorial "G.U.M."

Leitón, Roberto (1946). *La punta de los cuatro degollados*. Potosí: Universidad Tomás Frías.

Molina, Eduardo (2022). *Revolución obrera en Bolivia / 1952. Crisis guerra e insurrección en el corazón de Sudamérica*. Buenos Aires: Ediciones IPS.

Mondaca, Diego (2020). *Chaco* [largometraje ficción]. Bolivia & Argentina: La Vanguardia & Filmin.

Montenegro, Carlos (2016) [1953]. *Nacionalismo y coloniaje. Su expresión histórica en la prensa de Bolivia*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.

Otero, Gustavo Adolfo (1933). *Horizontes incendiados*. Barcelona: Imprenta Layetana.

Pifarré, Francisco (1989). *Los Guaraní-Chiriguano. Historia de un pueblo*. La Paz: CIPCA.

Pizarro, Ana (coord.) (1985). *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Richard, Nicolás (comp.) (2008) *Mala Guerra: Los indígenas en la Guerra del Chaco (1932-1935)*. Asunción & Paris: Museo del Barro, ServiLibro & CoLibris.

Riester, Jürgen (2021). *Iyambae – Ser libre*. La Guerra del Chaco: 1932-1935 [2005]. En: *Obra reunida* (443-662). La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional.

Riester, Jürgen y Elizabeth de Pablo (2005). *Iyambae ser libre - La guerra del Chaco 1932-1935* [largometraje documental]. Santa Cruz: APCOB - Apoyo Para el Campesino Indígena del Oriente Boliviano.

Roa Bastos, Augusto (1969). *Hijo de hombre*. Buenos Aires: Losada.

Siles Salinas, Jorge (2014) [1968]. *La literatura boliviana de la Guerra del Chaco*. La Paz: Rolando Diez de Medina.

Urquiola Flores, Rodrigo (2019) [2018] *Reconstrucción*. Cochabamba: Gobierno Autónomo Municipal de Cochabamba.

Urrelo Zárate, Wilmer (2018) [2011]. *Hablar con los perros*. La Paz: El Cuervo.

Urzagasti, Jesús (2021a) [1987] *En el país del silencio*. La Paz: Editorial 3600.

Urzagasti, Jesús (2021b) [1996] *Los tejedores de la noche*. La Paz: Editorial 3600.

Zavaleta Mercado, René (2013). *Lo nacional-popular en Bolivia. Obra Completa*. Tomo II: Ensayos 1975-1984. La Paz: Plural.